

Fundación Charles Léopold Mayer

**Desde la coalición de los anti-globalización
hasta la consolidación de una alianza para
otra mundialización**

Pierre Calame

¿Qué se necesita hoy en día? ¿Una coalición antiglobalización o la constitución de una alianza en pos de otro tipo de mundialización? Y, si se tratara de una alianza, ¿cuál sería su agenda, cuáles sus objetivos, modalidades, etapas y propuestas ?

Mientras sólo se trate de oponerse, una coalición basta y poco importan las contradicciones de intereses, los simplismos y los análisis aproximativos...sólo el resultado cuenta : a mayor cantidad, mayor es la fuerza. Pero el desafío es muy distinto si no se trata solamente de oponerse, sino también de construir un mundo diferente y afirmar que otro mundo y otra mundialización no sólo son posibles sino indispensables, si para la humanidad es ésta una cuestión de supervivencia, dado el *impasse* evidente que atraviesan los actuales modelos de desarrollo en los aspectos ecológico y social y considerando el hecho de que las regulaciones interestatales son incapaces de garantizar la paz y la justicia.

Esto implica en primer lugar un recto empleo de las palabras. La imprecisión misma de los conceptos alienta una estrategia muy abarcadora y atrae la atención de los medios de comunicación, pero es un elemento de bloqueo cuando se trata de construir perspectivas.

Los términos “globalización económica” y “mundialización” se emplean permanentemente de manera indistinta y, en consecuencia, no se entiende cómo los “anti-mundialización” pueden estar a favor de “otra mundialización” o cómo quienes quieren construir regulaciones mundiales democráticas y eficaces pueden estar en contra de la idea de gobernanza mundial. Retomemos entonces desde el principio la distinción entre “mundialización” y “globalización económica”. La mundialización es la constatación de interdependencias irreversibles entre todas las sociedades y personas del planeta. Desde el Internet hasta el efecto invernadero, desde la interconexión de ideas y monedas hasta la de los ecosistemas, desde la competencia por el acceso a la energía fósil hasta la circulación de la música. Todos estamos en el mismo barco, el braco es frágil y es muy probable que se esté dirigiendo en línea recta hacia un iceberg y que pronto se parezca a un Titanic, en donde los ocupantes de primera clase y los marineros rasos naufragarán juntos. Éste es el mensaje fundamental de la mundialización. Hay que cambiar de rumbo cuando todavía estamos a tiempo, porque el transatlántico gira despacio y, para ello, hay que poder encontrar perspectivas comunes y modos de pilotaje. Antes de 1940, la conciencia de humanidad no era más que un concepto filosófico; la humanidad se convirtió en sujeto de derecho después de la Shoah, y los crímenes contra la humanidad justifican ahora la creación de un tribunal internacional ; el gran desafío del siglo XXI será el de hacer emerger progresivamente una verdadera comunidad mundial, dotada de nuevas capacidades de regulación. Los “ciudadanos del mundo”, luego de la segunda guerra mundial, tenían conciencia de esto, al igual que los padres fundadores de la ONU. Los primeros, por idealismo, quisieron ir enseguida hacia un gobierno mundial, y su movimiento se agotó rápidamente. Los segundos, por realismo, redujeron a instituciones interestatales la “unión de los pueblos de la tierra” que querían constituir lo cual llevó, teniendo en cuenta la radical heterogeneidad de los Estados, a una homogeneización o a la hegemonía norteamericana. La estrategia europea de construcción progresiva de un conjunto supranacional, implementando mecanismos que evitan los retrocesos ha demostrado ser la más positiva. Y cabe recordar que, en sus inicios, se la concebía solamente como una primera etapa hacia una federación mundial.

El surgimiento de una sociedad civil mundial que se sirve de encuentros internacionales – suyos o de otros-, que se beneficia con el efecto internet y aborda simultáneamente cuestiones políticas, ecológicas, económicas y culturales, es la expresión misma de esta mundialización. Desde este punto de vista, les guste o no a sus respectivos partidarios, Davos y Porto Alegre se asemejan más de lo que se oponen. Ambos crean espacios de diálogo y situaciones de

debate público a la escala de los nuevos desafíos, sin remitirse al monopolio de las relaciones interestatales.

La “globalización económica”, por su parte, no es la mundialización, aunque se alimente de ésta y la refuerce. No es un hecho irreversible, sino una ideología y, en su forma actual, una ideología peligrosa. Aprovechó durante los años '80 y '90 la muerte de su contrincante, de su posible depredador, con la implosión del comunismo histórico. El derrumbe del modelo productivista –centralizado- totalitario de los sistemas soviético y chino permitió que un pensamiento de derecha, contenido durante mucho tiempo, reivindicara el carácter universal de pseudoleyes económicas y anunciara el fin de la historia y de lo político en beneficio del reinado intemporal del intercambio mercantil.

La coalición antiglobalización (y no "antimundialización", como se la denomina frecuentemente en los medios), es el reflejo de las reacciones multiformes frente a estos excesos. Esta coalición de los “ahora ya basta” es el despertar de un letargo, el sobresalto, la afirmación de la primacía de la vida, de la historia y de la democracia frente a la gris rutina de las patentes, de las fusiones de empresas, de las lógicas de la potencia y del formateo del pensamiento. Pero después de despertarse hay que poner manos a la obra, hay que construir y, para ello, establecer una agenda.

Primera etapa, reconocer las diversidades y arrancar a partir de allí. Ni en Davos ni en Porto Alegre se expresa realmente la diversidad del mundo. China, África, los países del ex-imperio soviético, el subcontinente indio y los países musulmanes no están presentes allí, o lo están pero en dosis homeopáticas : hombres de negocios y políticos formados a la occidental en Davos, ONGs a menudo financiadas por los países del Norte en Porto Alegre. Vale decir, en términos de medio social y profesional y en términos geográficos, una pequeña minoría del mundo. Los temas que se abordan en estos dos foros son en sí mismos una expresión de cuestiones mundiales actuales, más que una visión de conjunto. Construir la alianza para otro tipo de mundialización, contribuir a construir una comunidad mundial presupone, por el contrario, partir nuevamente de las diversidades del mundo y buscar pacientemente terrenos de entendimiento alrededor de desafíos en común.

¿De qué diversidades partir ? De la diversidad geocultural, por supuesto. La que salta a los ojos. Cada pueblo debe estar representado de manera equitativa, tomando en cuenta su importancia numérica para salir de la histórica proporción “por un caballo occidental, un pajarito asiático o africano”. Pero también, e iba a decir sobre todo, hay que partir de la diversidad de los medios sociales y profesionales, dado que nuestra sociedad es una sociedad compartimentada donde –internet mediante- algunos medios –grandes empresas, ONGs, científicos, etc...- dialogan de una punta a otra del planeta, mientras que el abismo que separa a dos vecinos del barrio sigue acrecentándose. Para construir el diálogo entre medios y puntos de vista, tienen que existir y construirse los puntos de vista, tienen que estructurarse en cada medio las redes internacionales de todos aquéllos que son conscientes de su responsabilidad frente al mundo y el porvenir. Dentro de cada medio hay una línea de separación entre los corporativismos – de derecha o de izquierda- y los actores potenciales de una alianza para otra mundialización. A partir del surgimiento de “comunidades colegiales”, de gente de un mismo medio consciente de sus responsabilidades, puede entablarse el diálogo entre los medios para identificar desafíos comunes.

¿Y qué debatir ? ¿Sobre qué elaborar perspectivas nuevas? Tanto en la democracia como en la empresa, el enunciado de los problemas y el establecimiento de los términos del debate

preceden a la negociación de las soluciones y son más importantes que la negociación en sí cuando se trata de elaborar estrategias de cambio. Reduciendo la democracia a la manifestación de contradicciones y debates entre posturas opuestas y considerando la historia como la simple resultante de intereses que se enfrentan –intereses nacionales o de clase-, nos condenamos a no ver la esencia de lo político : el surgimiento de comunidades, cada vez más amplias, capaces de organizar las regulaciones necesarias para su supervivencia y desarrollo. Ahora bien, esta « polis », esta comunidad que debe emerger, es hoy planetaria. Una estrategia de paz sostenible no se reduce a una sucesión de enfrentamientos seguidos por armisticios siempre provisorios ; es más bien una estrategia de cooperación conflictiva en la cual las divergencias se expresan y se ven acompañadas por una búsqueda de terrenos de cooperación. Es por ello que el proceso de identificación de los desafíos comunes es un elemento central, hoy en día, para cualquier estrategia de alianza para otra mundialización.

¿Se puede lograr esta identificación? La diversidad de las culturas, puntos de vista e intereses, ¿no es un obstáculo radical para cualquier diálogo? Suponiendo que ese diálogo fuera posible, ¿pueden surgir de allí desafíos en común y estrategias de cambio? ¿Se puede salir de los puntos de vista especializados para ir hacia un enfoque más global, más sistémico, de las mutaciones que se están gestando? ¿Es imaginable el hecho de encontrar, dentro de cada medio social y profesional, personas dispuestas a reconocer y asumir sus responsabilidades y a entrar dentro de un proceso de cooperación conflictiva, con el riesgo de que algunos los traten de idealistas y otros de social-traidores? Todas estas preguntas tienen una importancia redoblada desde el 11 septiembre, puesto que cada uno empieza a entender que el simplismo es la cruzada, y que la cruzada es la guerra. Y son el centro mismo del proceso de trabajo y del diálogo que nosotros denominamos la “Alianza para un mundo responsable, plural y solidario”, como fueron asimismo el eje central de la Asamblea mundial de ciudadanos que, por iniciativa de la Alianza y con el apoyo de la fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso del Hombre (FPH), se reunió en Lille del 2 al 10 de diciembre de 2001.

Dentro del marco de la Alianza (www.alliance21.org) se constituyeron “colegios”, que reúnen a gente de un mismo medio y de distintas nacionalidades, y talleres temáticos, elaborando perspectivas de cambio sobre la educación, la ética, la ciencia, la economía, la gobernanza, la gestión de los recursos naturales, etc. Surgieron de allí cerca de sesenta “cuadernos de propuestas”, enunciando más de mil quinientas propuestas. De tanta abundancia y variedad, ¿pueden sacarse en limpio algunos ejes estratégicos? La respuesta es : sí, es posible.

Por su parte, la Asamblea mundial de ciudadanos se libró a un ejercicio semejante. En esa Asamblea, los cuatrocientos participantes reflejaban la diversidad de la sociedad mundial. No debatieron temas preestablecidos, sino que elaboraron su propia agenda, identificando sus preocupaciones en común. Y éstas presentan muchas similitudes con los ejes estratégicos que han surgido de la Alianza.

Es difícil resumir en pocas oraciones lo que emerge de tal abundancia : cuanto más general es el enunciado, más banal parece. Pero en realidad los ejes estratégicos se ven con precisión, porque se ubican en la confluencia de preocupaciones y propuestas provenientes de horizontes diversos. Esto les confiere una capacidad federativa, sin la cual una sociedad democrática no puede llevar a cabo transformaciones importantes. Dichos ejes resumen, de alguna manera, el “sentido común”.

Las prioridades estratégicas se ubican en tres grandes campos : los sistemas de pensamiento – nuestra mirada sobre el mundo y las motivaciones de nuestro accionar-; los sistemas de producción y la organización de la vida económica y social; los sistemas de regulación, es

decir, la gobernanza. Dichas prioridades reflejan una evidencia : en un mundo que desde hace dos siglos es arrastrado por una evolución técnica y económica cada vez más rápida, nuestros modos de pensamiento, nuestros sistemas de valores y de educación y nuestras formas de regulación han evolucionado mucho más lentamente : de allí un desfase no exento de graves amenazas, desfase que urge equilibrar.

Primer gran campo de mutación, los valores y los sistemas de pensamiento. La comunidad internacional necesita una base ética que pueda ser, como complemento de los derechos humanos, el fundamento de los compromisos personales y colectivos, pero también del derecho internacional y de la gobernanza mundial. La Alianza para un mundo responsable, plural y solidario propone que una Carta de las Responsabilidades Humanas se convierta en el tercer pilar de la comunidad internacional, junto a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y la Carta de las Naciones Unidas. El proyecto de Carta, debatido y enmendado por los participantes de la Asamblea de Lille, se basa en una definición ampliada de la responsabilidad, que debe ser asumida por todos y cada uno en forma proporcional a su saber y poder y extendida al impacto directo e indirecto de sus actos. Este enfoque ampliado de la responsabilidad tiene consecuencias prácticas considerables. Permite, por ejemplo, definir las responsabilidades de los acreedores, de los gobernantes y de los pueblos en el caso de la deuda internacional, fundamentar el principio de precaución, promover el comercio justo y la finanza responsable. En cada medio profesional, incita a elaborar un código de conducta basado en el ejercicio de su responsabilidad. Asimismo, la Carta pone en primer plano el respeto, la dignidad y la tolerancia. Constituye, en suma, la otra cara de los derechos : lo que garantiza que los derechos del otro sean respetados. Es también lo que lleva a considerar la diversidad de los saberes, de las culturas, de los ecosistemas, etc., como un patrimonio común. El rechazo frente a las patentes de lo viviente, por ejemplo, proviene de esta afirmación de la dignidad, sin la cual no existe límite alguno para la instrumentación de la naturaleza y de los hombres. Por último, la Carta afirma la primacía del ser sobre el tener. Dicha primacía lleva a buscar modelos de desarrollo en los cuales el consumo mercantil ya no sea el patrón con que se mide el progreso individual y colectivo. Responsabilidad, respeto y valoración del ser construyen, juntos, una cultura de la colaboración, la cooperación y la paz.

Las propuestas elaboradas dentro del marco de la Alianza muestran la extrema diversidad de los cambios que provocaría la puesta en práctica de la Carta de las Responsabilidades Humanas en la educación (por ejemplo, el respeto de la diversidad de saberes), la ciencia (por ejemplo, la responsabilidad social de los científicos), la economía (por ejemplo, la subordinación del comercio internacional a una jerarquía común de reglas de preservación de la diversidad), la gobernanza (por ejemplo, el desarrollo de formas de asociación y cooperación de gestión del bien común), los ecosistemas (por ejemplo, la extensión de la noción de bien común y la aplicación del principio de precaución).

A la evolución de los valores responde la evolución del pensamiento. Un mundo tan interdependiente como el nuestro ya no puede satisfacerse con una visión segmentada y compartimentada del ser humano, de la sociedad, del conocimiento y de la biosfera. La educación, educación para el ser y para el mundo, no puede centrarse en la transmisión de saberes disciplinares, sino que debe constituir una iniciación a valores comunes, un medio para comprender los desafíos del mundo y preparar a los futuros ciudadanos para que sean sujetos de su Historia. Y son las mismas prioridades de pluralismo, interdependencia, responsabilidad, democracia y solidaridad las que deben reorientar los esfuerzos públicos de investigación y de desarrollo técnico.

El segundo gran campo de mutación se refiere a los sistemas de producción y a la vida económica y social. Es una reacción multiforme contra un modelo económico que hace del intercambio mercantil y el valor monetario el centro de la economía y la sociedad. La ecología industrial y territorial, que lleva a prestar atención a los flujos de intercambio materiales entre empresas o entre sociedades locales y su medio ambiente, en lugar de interesarse únicamente por los flujos monetarios, la valoración de los intercambios independientemente de su contrapartida monetaria, la constitución del capital social de las sociedades, la posibilidad de organizar intercambios manejables en todos los niveles, que crean tantos vínculos como bienes : se está operando progresivamente un movimiento de unificación entre innovaciones y tentativas hasta ahora dispersas, algunas inspiradas por la idea del desarrollo sostenible, otras por la de la economía solidaria, otras, por último, por la simple voluntad de escapar a los determinismos e *impasses* del mercado mundial todopoderoso.

El tercer gran campo de mutación, el más vasto, se refiere a la gobernanza, es decir al conjunto de regulaciones implementadas por las sociedades para garantizar su cohesión y desarrollo a largo plazo. La reforma de la gobernanza es, en términos de cantidad de propuestas, la primera prioridad que surge, tanto de la Asamblea Mundial de Ciudadanos como de los trabajos de la Alianza. Esta prioridad se afirma en todos los niveles – de lo local a lo global – y en todos los ámbitos – desde la gestión de los ecosistemas hasta la reforma de los sistemas financieros-. Los grandes cambios científicos y económicos de estos dos últimos siglos obligan a repensar modos y niveles de regulación, incluyendo la democracia y la organización de los Estados, cuyos fundamentos son en su mayoría anteriores a la revolución industrial. Las variadas y abundantes propuestas pueden reagruparse en cuatro grandes capítulos.

El primer capítulo concierne la implementación a todos los niveles, desde el local hasta el global, de una gobernanza legítima, democrática y eficiente. Parte de la constatación de la erosión que han sufrido estos tres valores. En todo el mundo se acrecienta la distancia que separa a la legalidad de la gobernanza –su conformidad con reglas constitucionales- de su legitimidad –el sentimiento de la población de consentir con conocimiento de causa a abandonar algunas libertades en nombre de las necesidades del bien común-. La democracia, en particular la democracia representativa, pierde mucha sustancia si las condiciones de transparencia no están garantizadas, si no hay contrapoderes y si los verdaderos motores del cambio están fuera del alcance y del control de los ciudadanos. Y la capacidad de nuestros sistemas públicos compartimentados para hacerse cargo eficientemente de los nuevos desafíos de la sociedad es por lo menos incierta. En la actualidad, uno de los principales desafíos de la gobernanza reside en conciliar el hecho de que las sociedades manejen su porvenir, sus recursos y su gestión, con la necesaria cooperación entre las distintas escalas de gobernanza para asumir las interdependencias. Esto implica, tanto a escala mundial como europea o de un municipio, aplicar el principio de subsidiaridad activa, que define modalidades de cooperación entre niveles de gobernanza.

El segundo capítulo concierne la estructuración internacional de distintos medios socioprofesionales y actores sociales conscientes de sus responsabilidades y la organización de asociaciones y colaboraciones entre actores y con los poderes públicos. Se sale de una rígida dicotomía entre esfera privada y esfera pública. La gobernanza ya no consiste únicamente, ni en primer lugar, en organizar los servicios públicos. La gestión del bien común implica la responsabilidad y la cooperación de todos, y eso es lo que hay que organizar. No

habrá gobernanza democrática a escala mundial si los distintos actores sociales no se estructuran también a ese nivel.

El tercer capítulo hace referencia al papel de la gobernanza en la protección de los derechos de los débiles. La vocación primera de las regulaciones públicas es la de reequilibrar mecanismos económicos y sociales acumulativos, que concentran el poder en manos de países, actores sociales o personas cada vez más poderosos. Así se trate de las condiciones de negociación –para los países más pobres o más débiles- de las reglas de juego internacionales o de la posibilidad, en cada país, de que los más débiles hagan valer sus derechos y sean ciudadanos de pleno derecho, este reequilibramiento es hoy en día urgente.

Por último, el cuarto capítulo trata sobre la creación de nuevas regulaciones públicas capaces de afrontar los nuevos desafíos sociales y ecológicos de la humanidad y de oponerse a la dominación exclusiva de las relaciones mercantiles. Desde la gestión del agua o de los suelos hasta la reforma de los sistemas monetarios, desde los límites de la propiedad individual hasta la definición o la preservación de los bienes comunes, este capítulo abarca y ordena muchas preocupaciones del movimiento antiglobalización. Para llegar a cambios efectivos, más allá de las victorias más simbólicas que reales, como el abandono del Acuerdo Multilateral sobre las Inversiones (AMI), estas preocupaciones deben organizarse en una visión alternativa coherente y concluir en una nueva arquitectura de la gobernanza mundial. La Alianza ha hecho propuestas detalladas en este sentido.

Sistemas de pensamiento, sistemas de producción, sistemas de gobernanza... Como estas mutaciones serán inmensas, y por lo tanto largas, es urgente e imperativo emprenderlas. Para ello, sólo un enfoque conforme a los objetivos tiene posibilidades de éxito: un enfoque democrático, partiendo de la diversidad, de abajo hacia arriba, vinculando propuestas, perspectivas, informaciones, creatividades y energías provenientes de las distintas regiones del mundo y de los distintos medios. Esta es, a mi entender, la verdadera agenda para otra mundialización.